

NOTA ACERCA DE UN JOVEN HELENISTA MEXICANO

A Luis Alfonso Maruri,
compañero y maestro

Nativo de la Ciudad de México por varias generaciones —algo insólito en una urbe donde la población cambia constantemente— Luis Alfonso Maruri cursó la carrera de Letras Clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; allí, desde sus primeras clases con Paola Vianello, se enamoró del griego, dedicándose a estudiarlo hasta su temprana muerte en 1987. En efecto, su interés por esta lengua lo llevó hasta Tesalónica, en donde residió como becario durante dos años. A su regreso, entró como novel investigador en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas, donde trabajó durante cuatro años, y al mismo tiempo se dedicó a dar clases en el plantel Iztapalapa de la UAM, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Escuela Nacional Preparatoria, donde fue Coordinador de Letras Clásicas. En todos esos lugares, se caracterizó por su dedicación a la lengua griega y por su generosidad con los alumnos.

Sin embargo, su talento para el estudio de las lenguas —antiguas y modernas— lo llevó aún más lejos: en ocasiones por sus propios medios se financiaba cursos anuales en Estados Unidos, y logró trabajar en la Universidad Complutense de Madrid, mediante una beca de doctorado de la UNAM, con el ya celeberrimo lingüista Antonio Tovar, quien lo asesoró en el estudio de las lenguas indoeuropeas y mesoamericanas. Aprendió además de manera autodidacta diversas lenguas, y se apasionó por el gótico, entre otras. Ello le permitió dictar en la Facultad cursos a nivel de posgrado, tanto de lingüística indoeuropea como de gótico, lengua esta última que nunca se había impartido en nuestro país y que probablemente no se vuelva a impartir en bastante tiempo.

Asimismo, su interés por difundir el estudio de las Lenguas Clásicas lo encaminó a proponer innumerables proyectos de cur-

sos de latín y griego a distintas Universidades de provincia, de donde recibió respuestas amables, pero generalmente negativas. Llegó, inclusive, a dar su clase de griego en la Facultad de Filosofía y Letras de manera gratuita, puesto que la nueva legislación de la UNAM en materia laboral le impedía percibir salario por más de cierto número de horas a la semana.

Ahora bien, del modo como impartía sus cursos de griego en aquella época dan cuenta sus alumnos, a quienes hacía leer una y otra vez fragmentos originales, aunque breves, explicando la gramática a partir de los textos y no por sí misma según se acostumbraba entonces. De igual manera, estimulaba a los estudiantes de la preparatoria mediante su método ampliamente didáctico y agradable, al punto de que alguno de ellos se encaminó en el terreno de las letras clásicas y de la lingüística.

No obstante su generosidad, el medio mismo llegó a desalentarlo, ya que se encontraba entre el aislamiento y la incompreensión de quienes no podían concebir que un egresado de Letras Clásicas en México se dedicara, prácticamente sin contar con infraestructura alguna, a estudios más propios de los países europeos que del nuestro. Así pues, en cierto momento habló de abandonar su labor, y fue entonces cuando afortunadamente volvió a ver al profesor Martín S. Ruipérez —a quien había conocido en España y que, a la sazón, se encontraba aquí impartiendo cursos en el Posgrado—, y recibió de éste la solidaridad del colega y el aliento necesario para seguir adelante en su difícil labor.

Años después, sin apartarse nunca del mundo antiguo, su interés se centraría en el papiamento, lengua literaria hablada en Surinam y ciertas islas del Caribe. Luis Alfonso Maruri la estudió desde nuestro país, y elaboró un *Vocabulario Básico Papiamento-Español* y una *Crestomatía del Papiamento*, publicadas en edición limitada durante 1985. No dejó de lado tampoco la tradición humanista mexicana, como nos da cuenta su trabajo inédito sobre *Antonio Huitziméngari, Humanista Mexicano del Siglo XVI*.

Por otra parte, el griego que en especial siempre le atrajo —ya desde su tesis de Licenciatura, cuando tradujo *La Historia Verdadera* de Luciano— fue el helenístico y, así, utilizaba textos en *koiné* para la enseñanza de sus alumnos. A Luis Alfonso Maruri le inquietaba la similitud entre la época helenística —pletórica de movimientos sociales— y la actual. Comparaba la situación de grupos marginales como las mujeres, los niños y los esclavos; los fenómenos resultantes del cosmopolitismo característico de ese mundo como pueden ser las nuevas relaciones humanas, el erotismo y la angustia.

Llega, así, a la realización de una antología de la *Antología Palatina* —magno corpus de epigramas que datan del siglo IV a.C. hasta la época bizantina— obra que comenzó a trabajar desde 1975 y de la que fue dando a conocer poemas en diversas revistas, como el folleto literario *El Telar*, la *Casa del Tiempo* y la *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, donde publicó el artículo “¿Poesía helenística en México?”.

Es, justamente, esta selección mencionada de epigramas la que ahora aparece en la Editorial Trillas con el título de *Antología de la Antología Griega*, con fecha de 1991. La característica principal de esta edición es que está dirigida al gran público en un afán de difundir la poesía griega; se publica en la misma colección en la que Carlos Montemayor tradujera los fragmentos de Safo, y que se distingue por ser una colección popular que pone al lado el teto griego.

Cabe mencionar de manera breve dos rasgos de la obra mencionada: en primer lugar, la clase de selección que Maruri lleva a cabo, principalmente de epigramas amorios, a causa de la fuerte influencia que éstos tuvieron tanto en la poesía latina como en la renacentista, sobre todo en la italiana y francesa; en segundo lugar, la visión actualizada del epigrama que deja ver en su Introducción, donde sin plantear influencias directas de éste sobre tipos de poesía posteriores —desde Sor Juana hasta Apollinaire, pasando por Voltaire y Tablada—, los compara en temática, en forma y en contenido.

En fin, no nos queda sino congratularnos por la aparición de esta laudable obra, producto del amor y la acuciosidad de un joven helenista mexicano, cuya lamentable pérdida deja un hueco muy difícil de llenar tanto en nuestras aulas como en la investigación mexicana sobre Grecia en el presente siglo.

Citamos, para terminar, a uno de sus autores favoritos, la joven poetisa Ánite, de los siglos IV y III a. C., muerta prematuramente:

A un grillo, ruiseñor de los campos, y a una cigarra,
habitante de encinas, tumba común hizo la joven Miro,
derramando virginales lágrimas, pues el inflexible
Hades se fue, llevándose sus dos juguetes.

Mariateresa GALAZ
Silvia AQUINO

